

La trama secreta

Cuento

Mauricio Molina

El encuentro casual de dos parejas en una playa del Pacífico, una de ellas escandalosamente perfecta, sirve a Mauricio Molina para crear un relato que en sus primeras páginas se antoja trivial, pero que hábilmente funciona al autor para engañar a su lector y llevarlo de la mano hasta un final tan extraño como inesperado.

En algún rincón de mi computadora, oculta entre diversos archivos, guardo una serie de fotografías de nuestros amigos Greta y Gunther. En una de ellas pueden verse detenidos frente al crepúsculo color malva, dando la impresión de ser perfectos y felices: una pareja de turistas europeos en tránsito por el país en busca de playas, paisajes exóticos y aventuras extramaritales.

Mi mujer y yo nos encontrábamos en una época de la vida en la que aparentemente ya no esperábamos nada, pero secretamente andábamos en busca de todo. Habíamos decidido ir a una de esas playas de turismo ecológico que combinan el encanto de las enramadas de nuestra juventud con las comodidades que requieren las personas de nuestra edad. Y ahí, en un hotel frecuentado por turismo mayormente extranjero, fue donde dimos con Greta y Gunther. No fue difícil entablar conversación con aquella pareja bastante más joven que nosotros. Nos pasábamos los días flotando en las hamacas, leyendo libros propios de las vacaciones, comiendo mariscos y bebiendo cerveza frente al mar, a menudo dormitando o contemplando, estáticos, las diversas modulaciones de la luz al recorrer el día. Se acer-

caron a nosotros, lo recuerdo bien, como cualquier pareja extranjera en busca de plática. Primero fueron los intercambios de sonrisas, después, comenzamos a entablar las típicas conversaciones triviales que se dan en estos casos. Nuestros encuentros en la enramada frente al océano Pacífico se convirtieron en la típica conversación banal acerca de la playa, el mar, la puesta del sol. Ni mi mujer ni yo somos muy sociales y por aquel entonces queríamos estar solos. Sin embargo, aquella pareja de alemanes todo el tiempo andaba en nuestra busca. Era evidente que querían algo con nosotros.

Greta había estudiado literatura en la universidad abierta de Berlín y Gunther era un fotógrafo profesional que coleccionaba imágenes de diversos lugares del mundo. No fue difícil darme cuenta de que Gunther atraía a mi mujer, quien no dejaba de mirarlo, discreta pero insistentemente, a través de los lentes oscuros, su alargado y alto cuerpo atlético, de una perfección natural, que no había necesitado de largas sesiones de pesas ni de esos ejercicios y sustancias que prometen un futuro saludable y pasteurizado que nunca va a llegar. Gunther era un hombre de mirada distraída, un poco estrábica, que



Aubrey Beardsley, *A Repetition of 'Tristan und Isolde'*, 1896

daba la impresión de estar pensando siempre en otra cosa. Con la barba descuidada y el short recortado de un viejo pantalón de mezclilla, recordaba a un náufrago, a un *hippie* o a un naturalista de otra época.

Greta ejercía sobre mí sentimientos encontrados. Su perfección me producía una suerte de repulsión y fascinación, una especie de deseo sórdido. Su mirada, de un azul intenso, daba la impresión de congelar un vaso de agua con sólo mirarlo. Sus senos erguidos, su cintura estrecha, sus caderas sinuosas y perfectas me resultaban casi insoportables. No era posible que existiera un cuerpo así, como salido de una revista de modas. Lo más impresionante eran los rasgos de su rostro, de una gélida belleza, una especie de arquetipo viviente que recordaba las imágenes de Claudia Schiffer o de Eva Herzigova. Tampoco ella había necesitado de nada para lograr esa belleza. Ninguna operación podría lograr aquellos resultados.

Al contemplar ahora en la glauca pantalla de mi computadora la bahía de su vientre, mientras su cuerpo flota ingrátido en la hamaca, me viene el sabor lejano de su sexo, como si hubiera una complicidad secreta entre la humedad de la mirada, el deseo y la memoria. Había algo perverso, casi podría decir que intolerable, en aquella pareja de una belleza irrefutable. En ese momento creí que no sólo era la perfección de ambos lo que me molestaba, sino esa juventud lozana, que me

recordaba esos tiempos despreocupados en que el futuro era algo nebuloso y carente de sentido: envidia pura. Después me di cuenta de que algo mucho más oscuro y secreto me inquietaba.

Todo sucedió de manera fugaz, como un relámpago, un *flash*, una breve caminata por la superficie de otro mundo. Atardecía. Mientras mi mujer y Gunther comenzaron a conversar acerca de las diversas tonalidades del crepúsculo, Greta y yo abordamos, de manera natural, los temas literarios. Las coincidencias nunca son azarosas y suelen combinarse de manera sorprendente. No era ninguna sorpresa que ambos nos dedicáramos a la literatura, al contrario: era de lo más natural que dos personas, provenientes de mundos diferentes, se dedicaran a lo mismo por el solo hecho de entablar una conversación.

Según me contó, se había graduado con una disertación sobre *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, y era una fanática de la poesía de Geörg Trakl, sobre todo los últimos poemas, los del volumen póstumo titulado *Sebastian in Traum*, que le parecían el equivalente a Rimbaud en lengua alemana y muy superiores a Rilke en cuanto a hondura y musicalidad. Sus muslos apiñonados brillaban en el crepúsculo y al darse vuelta y contemplar su hermoso trasero de muchacho, cubierto por un pareo de seda, vinieron a mi mente imágenes de Gustav Klimt y Egon Schiele. Mientras tanto podía escuchar las risas y murmullos de Gunther y mi mujer. Luego los vi salir juntos a caminar por la playa. Al verlos desaparecer recuerdo que sentí la aguda mordida de los celos, pero luego me dejé llevar por la conversación.

Cuando supo que estaba escribiendo un pequeño libro sobre Shakespeare, Greta pareció interesarse, o al menos simuló estarlo. Le conté que estaba trabajando en un ensayo acerca de la génesis del tema del doble en la literatura moderna como una suerte de derivación del hermafrodita, tal y como lo habían concebido los alquimistas y cabalistas de los siglos XVI y XVII, y que este tema, la lucha del andrógino por separarse y/o reintegrarse en una sola entidad, recurrente en el barroco y la literatura esotérica de la época, podía encontrarse en muchas de las comedias y tragedias shakespearianas. El doble, según mi hipótesis, no nacía con Hoffman, Poe ni Dostoievsky, sino mucho antes, y definitivamente era más complejo y profundo que tan sólo el paradigma inicial de la moderna novela psicológica. Luego hablé de manera entusiasta de Mircea Eliade, de la Cábala y de su influencia subterránea en la literatura, el pensamiento y el arte del barroco y del manierismo. El punto culminante de nuestra conversación llegó cuando me preguntó, sofocando un bostezo de evidente aburrimiento, si yo era judío.

Guardé silencio unos instantes pensando cómo responderle. Mis orígenes siempre han sido problemáticos

y confusos. Le expliqué lo que era el mestizaje y que, como cualquier habitante de México, cargaba con una herencia genética de muy variadas procedencias. Le dije que entre mis antepasados había una abuela judía, probablemente de Argelia o de Marruecos, de la que apenas si había algún registro —una *menorah* oxidada, una biblia en caracteres hebreos— y que aquel origen difuso se había mezclado con la sangre india y española, pero que en resumidas cuentas el tema de los orígenes me interesaba muy poco pues estaba convencido de que la historia y la vida, como sugería Nietzsche, debían leerse a partir del momento presente en dirección del pasado y no al revés, como hacían los historiadores.

—Sí, lo importante no es el origen, sino el destino —respondió con agudeza. Me pregunto como será tener una herencia como la tuya —continuó en un tono distraído, casi melancólico, y se quedó pensando, oculta tras el antifaz de sus lentes oscuros mientras el sol inflamado de atardecer nos bañaba con su luz enrojecida, como un ojo excesivamente inyectado hundiéndose en el párpado de acero que formaban el mar y el cielo.

Al cabo de un rato Gunther y mi mujer regresaron entre risas y carcajadas. Acababa de anochecer. Era la hora de ducharse y descansar del sol. Poco antes de despedirnos vimos una luz cruzando el horizonte a una velocidad inusitada. Un OVNI, bromeó Gunther antes de explicarnos que se trataba de la Estación Espacial Internacional, y que si nos quedábamos el tiempo suficiente podríamos volverla a ver porque orbitaba la Tierra varias veces al día.

Más tarde, mi mujer y yo intercambiamos impresiones bajo el fresco del ventilador de nuestra habitación. La marihuana nos relajaba y permitía un diálogo calmado, sin sobresaltos. Mis sospechas eran correctas: era evidente que estaba entusiasmada con Gunther.

—¡Qué seres tan hermosos! —exclamó en algún momento y como sin querer me preguntó si yo estaría interesado en Greta.

No supe qué responderle y me quedé pasmado como un niño al que sorprenden en una travesura. Mi rostro enrojecido y mi silencio incómodo no hicieron sino acentuar aún más las cosas. A una edad en que ya era muy difícil enamorarme de alguien que no fuera mi mujer, y sobre todo tratar de ocultarle lo evidente, era ridículo que lo negara. Sin saberlo ni buscarlo ni esperararlo habíamos atravesado la sutil barrera que divide a las parejas hipócritas de las parejas que ya conocen las artimañas del deseo. Lo que vendría después no fue, por lo tanto, ninguna sorpresa.

—¿Te escandalizaría que les propusiéramos un intercambio de parejas? —me dijo clavándome los ojos. Yo guardé silencio unos instantes, como tratando de en-



Aubrey Beardsley, *Lucian's Strange Creatures*, 1894

contrarle el sabor a un vino muy extraño—. Mira —prosiguió con calma—: ya estamos grandes y estas oportunidades se van a ir haciendo cada vez más difíciles de encontrar. Un día a lo mejor nos vamos a arrepentir.

—¿Y tú crees que yo le atraigo a ella? —repliqué tartamudeando.

Me sentía en un drama de Harold Pinter o en un cuento cínico de Truman Capote. Mi mujer me echó una mirada de lástima sutil.

—No sé si eres tonto o te haces —dijo aspirando el humo y aguantando unos segundos la respiración—. Es evidente que le gustas. Ustedes los hombres siempre se hacen una maraña de dudas al respecto. Cuando le interesas a una mujer es más claro que el agua, me extraña que seas tan ingenuo. Si no, explícame porqué se pondría a escuchar tus locuras acerca del doble, el andrógino y demás en una playa, frente al mar. No creo que para intercambiar ideas profundas. Si yo me fui a caminar con Gunther a tomar fotos y a conversar de arte fue simplemente porque el tipo me atrae. Un hombre guapo y joven al alcance de la mano.

Así fue como me enteré que ya se había puesto de acuerdo con Gunther y que Greta seguramente estaba totalmente consciente del asunto. Lo habían hablado todo, desde la forma de abordarlo con nosotros, sus respectivas parejas, hasta detalles como la distribución de

las habitaciones. Entonces me confesó que alguna vez había tenido una experiencia semejante con una pareja de su juventud y sugirió que una aventura así podría fortalecer nuestra relación. Un espeso sopor me fue ganando lentamente en la oscuridad, bajo el aire del ventilador, pensando “y ¿por qué no?”, como un mantra que me condujo a un sueño profundo y sin imágenes.

Desperté más tarde. En el reloj pasaban de las doce de la noche. El sonido del oleaje afuera era lento y apacible. Mi mujer no estaba. De pronto tocaron a la puerta. Al abrir vi a Greta con una botella de vino blanco en una cubeta con hielos. Traía puesta una bata de baño y debajo sólo un breve calzoncito negro que acentuaba sus formas. Al despojarse de la bata sus senos altos y perfectos me miraron directamente a los ojos. En la penumbra, iluminados por la luz de la luna, nos besamos y tocamos largamente. Hicimos el amor primero de manera calma y sin prisa, tomándonos nuestro tiempo, reconociendo el cuerpo ajeno como si se tratara de un viaje por otro planeta. Después las cosas se hicieron cada vez más tempestuosas. El vino y la marihuana habían hecho de las suyas. Recuerdo el sabor de su sexo y sus movimientos elásticos y felinos. Al cabo de un tiempo imposible de medir estábamos agotados y contentos, mirándonos a los ojos, sorprendidos como dos adoles-

centes. Me sentí de pronto muchos años más joven. Recuerdo que fui feliz aquella noche.

Mientras fumaba un cigarrillo, sin yo saber de qué hablar o qué decir, Greta me contó una historia mucho más increíble y bizarra que la que estábamos viviendo en esos momentos. No dudó en comenzar con una confesión: Greta y Gunther eran hermanos gemelos. Sus padres, a su vez, también habían sido gemelos, lo mismo sus abuelos. Aquella historia de incestos se remontaba hasta principios de los años treinta, cuando sus bisabuelos, aristócratas de una rancia familia vienesa, hermanos también, se habían sentido atraídos por el nazismo desde el principio y por la idea de la superioridad aria sobre todas las demás así llamadas razas de la tierra. En algún momento Greta pareció confirmar este prejuicio al afirmar que la cultura germana había dado más a Occidente que ninguna otra, “incluyendo —así dijo— a los judíos alemanes”, desde Beethoven hasta Einstein y de Mozart a Sigmund Freud, pasando por Nietzsche, Mahler y Paul Klee.

Amigos personales de Albert Speer, el arquitecto de Hitler, y frecuentes anfitriones de Himmler y del doctor Mengele, los bisabuelos de Greta y Gunther llegaron a convencerse de que sólo por medio de las cruzas endogámicas, de la combinación de los ejemplares “más hermosos y superiores” (ésas fueron sus palabras) se podría llegar a una suerte de “cristalización” de la raza aria. El mismo Führer había simpatizado con la idea. Se necesitaba de la creación de una nueva estirpe racial que permanecería como una “casta sacerdotal” en el sentido de las estirpes gobernantes del Egipto antiguo. Esta élite, si bien no regiría los destinos del Imperio, fungiría como la “nobleza aria” que serviría como modelo proteico, como arquetipo, a la manera de las familias reales europeas.

Le pregunté si se trataba del proyecto Lebensborn, el famoso experimento ideado por Himmler para cruzar a soldados nazis con mujeres noruegas. Greta me dijo que Lebensborn era una parte del experimento, el otro era secreto y sólo era conocido por unas cuantos médicos y algunos de los miembros más altos de la jerarquía nazi. Unas cuantas parejas seleccionadas por Mengele y otros científicos, cuyas “cepas” fuera posible rastrear hasta las estirpes más antiguas de los germanos, serían escogidas para reproducirse entre sí. Los documentos de este experimento secreto, del que nunca había oído hablar, y que al decir de Greta contenía los registros de todas las parejas arias, fueron destruidos poco antes de la entrada del Ejército Rojo a Berlín en 1944, paralelamente a la aceleración de la “Solución final”, el exterminio de todos los judíos, y todos los especímenes del experimento fueron enviados a diversos lugares del mundo con identidades falsas y sustanciosas cuentas secretas en bancos de Suiza. Así fue como los abuelos de Greta y Gunther fueron en-



Aubrey Beardsley, *Venus between Terminal Gods*, 1895

viados a un exclusivo internado en Lucerna y fue ahí donde, gracias a sofisticados experimentos con hormonas, nacieron sus padres a principios de los años cincuenta.

Los padres de Greta y Gunther permanecieron ocultos en Lucerna, pertenecían a esta sociedad secreta y sin nombre dispersa en lugares tan lejanos como Ciudad del Cabo, Australia, Inglaterra, Estados Unidos, Argentina, Chile, Paraguay y Brasil donde sus miembros, aún hoy, pasaban como alemanes comunes, a menudo miembros activos y destacados de sus comunidades. La educación era fundamental y cada “reencarnación”, como se llamaba al producto de las cruza, debía tener un estricto y riguroso conocimiento de la música, el arte, la literatura y la “ciencia” germánicas. Algunos de ellos se habían quedado en ambos lados de Alemania y Greta sabía, por ejemplo, que la *Stasi*, la policía secreta de Alemania Oriental, mantenía una pequeña colección de “ejemplares” reproduciéndose entre sí como parte de sus experimentos con seres humanos. Todos ellos tenían la consigna de reproducirse incestuosamente, a la espera de un momento adecuado para regresar a Alemania, cuando los nazis también regresaran al poder. Por supuesto, desde el principio se habían dado taras y malformaciones, algunas de ellas atroces. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las “reencarnaciones” se habían llevado a cabo exitosamente y sin sobresaltos. Una comisión secreta había supervisado los nacimientos e incluso elaborado un registro del código genético de todos y cada uno de los ejemplares.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, la caída del muro de Berlín y las transformaciones en los países de Europa Oriental en los años noventa fortalecieron los movimientos supremacistas. Para nadie es un secreto que a raíz de estos cambios resurgieron los odios raciales y el nacionalismo irracional en países como Alemania, Serbia, Albania, Rumania y Rusia: excelente caldo de cultivo para que los descendientes del experimento pudieran seguir viviendo bajo el cobijo de una vasta red que mantenía sus identidades en secreto. El antisemitismo, los movimientos antiislámicos o la continua repulsa a lo extranjero, no sólo continuaban, sino florecían como hongos venenosos a lo largo de toda Europa.

La conclusión del Genoma —el mapa genético de la especie humana— lejos de evitar la aberración de

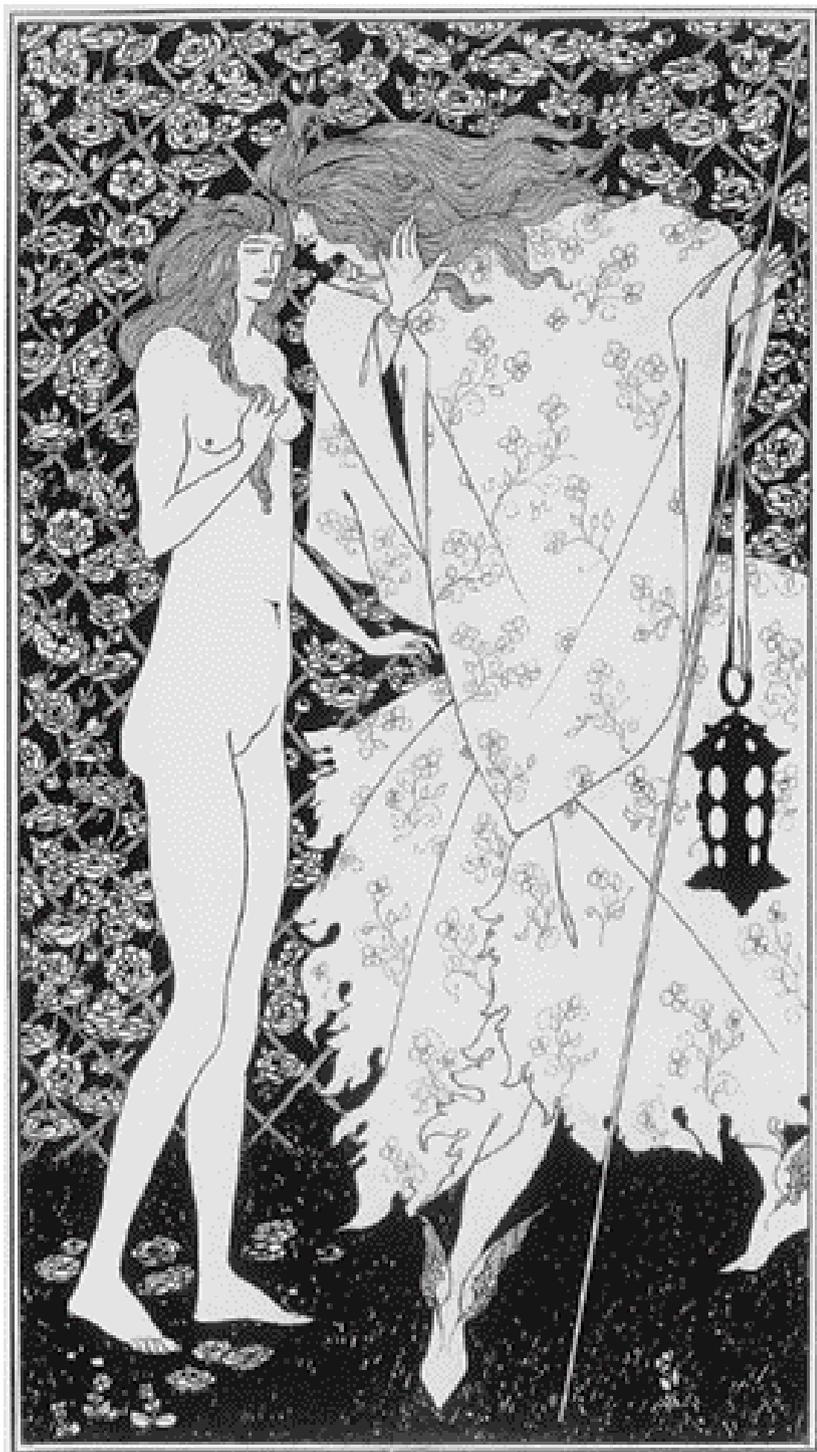


Aubrey Beardsley, *The Toilet of Salome*, 1894

seguir con estas prácticas endogámicas, les había dado un nuevo giro. Algunos sostenían que, una vez llegados al punto de la máxima pureza racial, se procedería ¿en un futuro muy cercano? a la clonación de los mejores “ejemplares” para preservar de este modo la perfección de la raza aria ya cristalizada, dando un giro definitivo a las “reencarnaciones”. Sin embargo, habían surgido diversos debates, ya que también se pensaba que en algún momento, luego de múltiples cruza entre hermanos gemelos, se llegaría, naturalmente y sin necesidad de la biotecnología, a la reencarnación definitiva del “arquetipo ario”, una suerte de modelo sagrado que con su sola presencia sería capaz de volver a fundar el Reich de mil años que había soñado Hitler en sus delirios racistas, atrayendo a un sinnúmero de adeptos en todo el mundo.

Recostada junto a mí en aquel remoto cuarto de hotel, junto a la playa, y mientras el mar respiraba más

Recostada junto a mí en aquel remoto cuarto de hotel, junto a la playa, y mientras el mar respiraba más allá de la ventana, Greta me confesaba su historia sin sobresaltarse en lo más mínimo.



Aubrey Beardsley, *The Mysterious Rose Garden*, 1895

allá de la ventana, Greta me confesaba su historia sin sobresaltarse en lo más mínimo. Yo, la verdad, no sabía qué pensar. Todo aquello me parecía una abominación. Me atreví a preguntarle cuál sería la razón por la que Greta y Gunther, dos seres que se suponían —y creían— perfectos, habían llegado al punto de querer jugar al intercambio de parejas con mi mujer y conmigo, sus negativos biológicos, ejemplos típicos de la mezcla y la continua variación genética.

—Precisamente eso es lo que estamos buscando: salir de esto, ¿no te parece lo más obvio? Gunther y yo nos fugamos hace unos años, cuando fuimos lo suficien-

temente maduros como para darnos cuenta de esta atrocidad. A espaldas de nuestros padres, que nos suponen muertos en un accidente automovilístico, falsificamos nuestras identidades y desaparecimos hace unos años. Sólo queremos mantenernos al margen. Denunciarlos nos metería en problemas mayores. De cualquier forma, quién podría creer nuestra historia. No hay registros, nada que compruebe que somos hermanos, sólo podríamos comprobarlo por medio de una prueba de ADN, en cuyo caso seríamos vistos como conejillos de indias. También corremos el riesgo de convertirnos en objetivos militares perfectamente legítimos. ¿Sabes lo que pagaría la Mossad israelí o alguna de las organizaciones neonazis dispersas por el mundo por esta información y, sobre todo, por nosotros?

Al acariciar la espalda de Greta noté que tenía tatuado en el hombro derecho un extraño dibujo que me provocó escalofríos: era un par de signos relampagueantes, el típico monograma de las SS. Apenas si era posible observarlo, pero al tacto se sentía como una cicatriz indeleble, la marca de agua de un origen abominable. Al sentir la caricia de mis dedos me dijo:

—Gunther y yo somos la prueba de que todo lo peor del siglo XX sigue existiendo en el siglo XXI. Ahora lo único que queremos es que nos dejen en paz. Gunther necesita de mí tanto como yo de él, estamos unidos por nuestro secreto, por el amor que nos tenemos, pero no podemos seguir con el absurdo de creer en las “reencarnaciones”. Evidentemente la idea de una raza superior nos parece una estupidez. Tardamos mucho tiempo en romper con esas ideas repugnantes y hoy sólo queremos vivir en el anonimato.

Greta me contó que eventualmente vivía de dar clases de alemán y Gunther se las arreglaba vendiendo fotos para revistas de turismo, divulgación científica o de modas. Entre las pocas cosas que amaban de su pasado, además de la lengua alemana, la lectura de ciertos libros y su secreto compartido, era la música. De cuando en cuando tocaban a Mozart, a Bach, a Beethoven, Greta al cello y Gunther al piano o al revés. Compartían esos placeres como hermanos, como amigos, como amantes, pero sobre todo como cómplices.

—Sin embargo, a veces, cuando queremos hacer el amor y tenemos oportunidades como ésta, hacemos lo que ha sucedido hoy.

Separarse estaba fuera de discusión, según me explicó Greta, y en ese momento, en la penumbra, dos hielos se deslizaron por sus mejillas. Compartían su secreto y eso era lo que los mantenía unidos, más allá de todo, hasta la muerte. Sin embargo eran jóvenes y querían llevar una vida común y corriente, como la de todos. Era lo único que le pedían a la vida.

Lentamente, Greta se fue sumergiendo en el sueño murmurando en su hermosa lengua: “una vida común

y corriente, lejos de todo y de todos... una vida común y corriente...”.

Después de escuchar aquella historia increíble traté de imaginarme lo que sería llevar sobre los hombros la historia de Greta y de Gunther, aquel ser andrógino partido en dos, condenado a mantenerse unido, llevando en los genes una historia insoportable. Así fue como me expliqué también la obsesión de Greta por Musil y, de paso, la relación entre Ulrich y su hermana Agathe en *El hombre sin atributos*, pero sobre todo en la biografía de Geörg Trakl, el poeta incestuoso, protegido de Wittgenstein, que se suicidó con cocaína, y cuya hermana —¡Greta!—, lo siguió en su destino trágico poco tiempo después. Luego comencé a divagar en torno al incesto en la literatura vienesa, en los dramas familiares de Ibsen, Strindberg y Sigmund Freud, recordé a Nietzsche, ya sumergido en la locura, atrapado en las redes de su madre y de su hermana, hasta que me quedé dormido.

Al otro día Gunther y mi mujer conversaban animadamente mientras desayunaban. Al parecer se la habían pasado muy bien la noche anterior y al cabo de un rato de conversación banal me di cuenta de que mi mujer no sabía nada de todo lo que Greta me había contado. Pasamos aquel día juntos, un tanto callados, cansados, luego de una extenuante noche de sexo casual, cada uno evaluando la experiencia a su manera. Mi mujer parecía feliz y satisfecha. Esa noche Greta y Gunther se despidieron de nosotros cariñosamente, casi diría amorosamente, después de todo habíamos hecho el amor con ellos la noche anterior. Salían rumbo a Yucatán y luego seguirían hacia el sur del continente, hacia donde el destino los guiara. Antes de despedirse nos tomaron algunas fotos y Gunther nos recordó que no tardaríamos en ver pasar la Estación Espacial Internacional cruzando el cielo nocturno sobre el Pacífico.

A nuestro regreso, la vida entre mi mujer y yo siguió sin sobresaltos. A veces recordábamos a nuestros amantes con un dejo de nostalgia, pero a decir verdad sin entusiasmo, más bien con una especie de agradecimiento por ayudarnos a seguir con nuestra relación y enriquecerla con aquella experiencia, que no se ha repetido desde entonces.

Mi ensayo sobre el andrógino y el doble se publicó en una pequeña edición que no le interesó a nadie y se perdió en el mar de libros que se escribían sobre Shakespeare cada año. Era, sobre todo, una celebración a mi relación con mi mujer, a quien dediqué el texto. Ahora me doy cuenta de que gracias a ese opúsculo y a la experiencia que tuvimos con Greta y Gunther, la pareja arquetípica, habíamos logrado alcanzar una suerte de alquimia amorosa y que de un modo secreto habíamos accedido al andrógino perfecto, a la fusión total de dos personas en un solo ser.

Un año y algunos meses después recibimos un correo electrónico de Greta y Gunther que contenía las fotos que documentan nuestro encuentro. Ahí estaban, hermosos y perfectos, prototipos de una especie en vías de extinción. Pero con las imágenes de ellos y nosotros venía una más, muy diferente: era un bebé que devoraba un pedazo de pan y miraba hacia la cámara desde la cuna. Al notar el tono aceitunado de su piel, mi mujer dijo sin dudarlo:

—Mira nada más, un hijo tuyo —y me abrazó con ternura cómplice.

Ellos, al parecer, habían alcanzado, también, su propia solución alquímica. El único mensaje que acompañaba las fotos era un texto escueto y enigmático que rezaba:

“El ciclo de las reencarnaciones se ha roto.”

Nunca más supimos de ellos. ▮



Aubrey Beardsley, *Virgin and Child*, 1896